

El Sueño de Hierro



Norman Spinrad

El libro es una ucronía dentro de una ucronía. Spinrad propone un mundo producto de la divergencia creada por un Adolf Hitler que emigra a Nueva York en 1919.

Hitler se convierte en escritor de ciencia ficción, llegando a ganar varios premios en su carrera. Hitler escribe *El Señor de la Esvástica*. Esta otra ucronía, que compone el grueso del libro, es la historia de Feric Jaggar, un joven genéticamente puro quien habita una Tierra alterna cuya población ha sufrido los efectos de una guerra termonuclear que ha causado horrendas mutaciones de las cuales la más peligrosa es la representada por telépatas, por lo que Jaggar propone la eliminación masiva de todos los mutantes.

El Sueño de Hierro es a la vez muchos libros, evidentes y ocultos; un puzle literario que se ordena como aviso y advertencia y que penetra en el lector sin concesiones.

Este libro ha sido dedicado a BRIAN KIRBY
que no nos permite apartar los ojos.

Adolf Hitler nos transportará a una Tierra del futuro, donde solamente FERIC JAGGAR y su arma poderosa, el Cetro de Acero, se alza entre los restos de la auténtica humanidad y las hordas de mutantes descerebrados a quienes los perversos dominantes controlan por completo.

Los aficionados del mundo entero admiten que *El Señor de la Svástica* es la más ágil y popular de las obras de ciencia ficción de Adolf Hitler; en 1954 recibió justamente el Premio Hugo a la mejor novela del género. Agotada durante mucho tiempo, ahora puede obtenerse otra vez en esta nueva edición, con un comentario de Homer Whipple, de la Universidad de Nueva York. Compruebe personalmente por qué tantos lectores han acudido a las páginas de esta novela, como un rayo de esperanza en tiempos tan sombríos y terribles como los nuestros.

OTRAS NOVELAS DE CIENCIA FICCIÓN DE ADOLF HITLER

EL EMPERADOR DE LOS ASTEROIDES

LOS CONSTRUCTORES DE MARTE

LA GUERRA ESTELAR

EL CREPÚSCULO DE LA TIERRA

EL SALVADOR DEL ESPACIO

LA RAZA DE LOS AMOS

MIL AÑOS DE DOMINIO

EL TRIUNFO DE LA VOLUNTAD

EL FUTURO DEL MUNDO

ADOLF HITLER nació en Austria el 20 de abril de 1889. En su juventud emigró a Alemania y sirvió en el Ejército Alemán durante la Gran Guerra. Luego intervino durante un breve período en actividades políticas extremistas en Múnich, antes de emigrar finalmente a Nueva York en 1919. Mientras aprendía inglés, consiguió ganarse precariamente la vida como artista de bulevar y traductor ocasional en Greenwich Village, el barrio bohemio de Nueva York. Después de varios años, comenzó a trabajar como ilustrador de revistas e historietas. En 1930 publicó su primera ilustración en la revista de ciencia ficción titulada *Amazing*. Hacia 1932 ilustraba regularmente las revistas del género, y hacia 1935 ya sabía bastante inglés como para iniciarse como autor de ciencia ficción. Consagró el resto de su vida a la composición literaria en este género, y también fue ilustrador y editor de una revista de aficionados. Aunque los lectores lo conocen más bien por sus novelas y sus cuentos, Hitler fue un ilustrador popular durante la Edad de Oro de la década de 1930, editó varias antologías, escribió interesantes críticas y durante casi diez años publicó una revista popular, llamada *Storm*.

En 1955 se le otorgó un premio Hugo póstumo en la Convención Mundial de Ciencia Ficción de 1955 por *El Señor de la Svástica*, que terminó poco antes de morir en 1953. Durante muchos años había sido una figura conocida en las convenciones del género, y era muy popular en su condición de narrador ingenioso y entusiasta. Desde la publicación del libro, los atuendos coloridos que creó en *El Señor de la Svástica* fueron temas favoritos en las convenciones anuales del género. Hitler falleció en 1953, pero los relatos y las novelas que dejó escritas son un verdadero legado para todos los entusiastas de la ciencia ficción.

1

Con un sonoro chirrido de metal fatigado y un chorro siseante de vapor, el vehículo de Gormond se detuvo en el patio mugriento de la estación de Pormi, retrasado apenas tres horas; un rendimiento muy respetable, de acuerdo con las normas borgravianas. Del vehículo de vapor descendió atropellándose un variado surtido de criaturas aproximadamente humanoides, que exhibían la acostumbrada diversidad borgraviana de colores de piel, partes del cuerpo y modos de hablar. En las prendas toscas y en general deshilachadas que les cubrían los cuerpos había restos de alimentos, como resultado del *picnic* casi permanente que estos mutantes habían celebrado durante el viaje de doce horas. Un olor agrio y rancio se desprendió de la turba de abigarrados especímenes mientras iban por el patio lodoso hacia el desnudo edificio de cemento: la estación terminal.

Por último, de la cabina del vehículo emergió una figura de sorprendente e inesperada nobleza: un verdadero humano, alto y vigoroso, en la flor de la virilidad. Tenía los cabellos pajizos, la piel blanca, y los ojos azules y brillantes. La musculatura, la estructura del esqueleto y el porte eran perfectos, y la ajustada túnica azul estaba limpia y en buenas condiciones.

Feric Jaggar parecía, en todos los detalles, el humano genotípicamente puro que de hecho era. Por este motivo, precisamente, había podido soportar el tan prolongado y estrecho encierro con la hez de Borgravia; los casi hombres

no podían dejar de advertir la pureza genética de Feric. La presencia de un verdadero hombre ponía en su lugar a los mutantes y los mestizos, y en general allí se quedaban.

Feric llevaba sus posesiones terrenales en una maleta de cuero, que transportaba con facilidad; de modo que pudo eludir la sórdida terminal y pasar directamente a la avenida Ulm, que atravesaba la sucia y pequeña localidad fronteriza y por el camino más corto posible desembocaba en el puente sobre el Ulm. Hoy al fin volvería la espalda a las conejeras borgravianas, y reclamaría sus derechos como helder y humano genotípicamente puro, heredero de un linaje inmaculado que se remontaba a doce generaciones.

El corazón colmado de imágenes de la meta que se había propuesto, concreta y espiritualmente, Feric casi logró ignorar el sórdido espectáculo que se le metía por los ojos, los oídos y la nariz mientras recorría el bulevar de tierra, rumbo al río. La avenida Ulm era poco más que una zanja de lodo entre dos filas de cabañas toscas, la mayoría construida con madera mal cepillada, ramas y chapas de acero oxidado. Aun así, esta calle tan poco atractiva era aparentemente el orgullo y la alegría de los habitantes de Pormi, pues en el frente de estos sucios edificios había toda suerte de letreros llamativos e ilustraciones chillonas anunciando las mercaderías que podían encontrarse en las tiendas: producción local, casi toda, o artefactos desechados por la civilización superior del otro lado del Ulm. Más aún, muchos tenderos habían levantado puestos en la calle, y allí exhibían frutas que parecían podridas, verduras sucias y carnes con manchas de moscas; voceaban estas mercancías a voz en cuello, en beneficio de las criaturas que pululaban por la calle, y que a su vez contribuían al estrépito con chillidos, bromas y burlas.

El hedor rancio, el vocerío áspero y la atmósfera en general repugnante recordó a Feric el barrio de la plaza mayor del mercado, en Gormond, la capital borgraviana, el lugar donde el destino lo había confinado durante tanto

tiempo. En los primeros años habían evitado que frecuentara el ambiente del barrio nativo, y luego, ya muchacho, se había mantenido siempre aparte, con no pocos gastos, eludiendo todo lo posible esos lugares.

Por supuesto, no había podido evitar ver los distintos tipos de mutantes que pululaban en todos los recovecos y rincones de Gormond, y el caudal genético de Pormi aparentemente no había degenerado menos que el de la capital borgraviana. La piel de la chusma que atestaba las calles de Gormond era una absurda combinación de mutaciones mestizadas. Los pieles azules, los hombres lagartos, los arlequines y los caras de sangre eran lo de menos; en todo caso, de esas criaturas podía decirse que se mantenían fieles a su propia especie. Pero había toda clase de mezclas: las escamas de un hombre lagarto parecían teñidas de azul o púrpura en vez de verde; un piel azul podía tener motas de arlequín; y en la cara averrugada de un hombre sapo alcanzaba a verse un leve matiz de rojo.

En general, las mutaciones más groseras eran también las más definidas, aunque sólo fuese porque casi ningún feto sobrevivía a dos catástrofes genéticas de ese tipo. Muchos de los tenderos de Pormi eran enanos de diferentes clases —jorobados, de ásperos cabellos oscuros, cabeza de huevo, y mutaciones secundarias de la piel— e incapaces de sobrellevar trabajos fatigosos. En una localidad pequeña como ésta, los mutantes más extraños se destacaban menos que en las llamadas metrópolis borgravianas. Aun así, mientras Feric se abría paso a codazos entre las turbas malolientes, vio a tres cabezas de huevo (los desnudos cráneos quitinosos tenían un brillo rojizo a la luz tibia del sol) y chocó contra un cara de loro. La criatura se volvió bruscamente, y durante un momento abrió y cerró indignada el gran pico óseo, hasta que advirtió ante quién se encontraba.

Enseguida, por supuesto, el cara de loro bajó la mirada lacrimosa, dejó de mover los dientes obscenamente muta-

dos, y murmuró con humildad:

—Perdóneme, hombre verdadero.

Por su parte, Feric no prestó atención a la criatura, y continuó avanzando a paso rápido por la calle, mirando decidido hacia delante.

Pero pocos metros después una impresión ya familiar cruzó flotando la mente de Feric y lo impulsó a detenerse. Una larga experiencia le había enseñado que esta aura psíquica indicaba la presencia de un dominante en la zona. Y en efecto, cuando Feric examinó la hilera de chozas de la derecha, pudo comprobar la proximidad de un dom, aunque el sistema de dominio no era por cierto demasiado sutil.

Sobre la calle había cinco puestos alineados, presididos por tres enanos: un mestizo de piel azul, un hombre sapo de piel azul verrugosa, y un hombre lagarto. Todas estas criaturas exhibían la expresión alicaída y la mirada apagada típicas de los mutantes capturados desde hacía mucho en un sistema de dominio. En los puestos había carne, frutas y verduras, todo en un lamentable estado de descomposición, aun de acuerdo con las normas borgravianas. Y, sin embargo, hordas de mestizos y mutantes se apiñaban alrededor de estos puestos, abarrotándose de los artículos pútridos a precios exorbitantes, sin la más mínima vacilación.

Sólo la presencia de un dominante en la vecindad podía explicar esa conducta. Gormond estaba completamente infestada de monstruos, que por supuesto preferían las ciudades grandes, donde abundaban las víctimas. Si se habían instalado en un villorrio sin importancia, la conclusión era obvia para Feric: Borgravia estaba dominada por Zind aún más de lo que él había imaginado.

Tuvo el impulso de detenerse, identificar al dom, y retorcerle el pescuezo; pero lo pensó un momento y comprendió que la liberación de unos pocos mutantes deformes e inútiles, sometidos a un sistema de dominio, no alcanzaba a justificar que demorase un instante más el regre-

so esperado, la salida del sumidero de Borgravia. De modo que continuó su camino.

Al fin, la calle se angostó y pasó a ser un sendero que atravesaba un repulsivo bosquecillo de pinos achaparrados, con agujas purpúreas y troncos retorcidos cubiertos de pústulas. Aunque no podía llamárselo un paisaje agradable, era en todo caso un alivio oportuno luego del hedor ruidoso de la aldea. Poco más adelante, el sendero se desvió ligeramente hacia el norte, bordeando la orilla meridional del río Ulm.

Aquí, Feric se detuvo para mirar hacia el norte, más allá de las aguas anchas y serenas del río que señalaban la frontera entre la peste de Borgravia y la Alta República de Heldon. Del otro lado del Ulm, los robles majestuosos, genéticamente puros de la Selva Esmeralda, se extendían en hileras hacia la orilla norte del río. A los ojos de Feric, estos árboles inmaculados, que crecían en la tierra negra, fecunda e incontaminada de Heldon, simbolizaban la posición de la Alta República en un mundo mestizado y degenerado. Así como la Selva Esmeralda era un bosque de árboles genéticamente puros, también Heldon era un bosque de hombres genéticamente puros, que se alzaban como una valla contra las monstruosidades minadas del basural genético que rodeaba a la Alta República.

Cuando avanzó por el sendero pudo ver el puente del Ulm, un elegante arco de piedra tallada y acero inoxidable aceitado, obviamente producto de la superior artesanía helder. Feric apresuró el paso, y pronto comprobó con satisfacción que Heldon había obligado a los deformes borgravianos a aceptar la humillación de una fortaleza aduanera helder en el extremo borgraviano del puente. La construcción había sido pintada con los colores de Heldon —negro, rojo y blanco—, en lugar de una bandera; pero, reflexionó Feric, de todos modos proclamaba orgullosamente que no se permitiría que ningún semihombre contaminara ni un centímetro de suelo humano puro. Mientras Heldon se

mantuviese genéticamente pura y aplicase rigurosamente las leyes de pureza racial, habría esperanza de que la tierra volviese a ser más adelante propiedad exclusiva de la auténtica raza humana.

Varios senderos que venían de distintas direcciones convergían en la fortaleza aduanera, y por extraño que pareciese, una lamentable colección de mestizos y mutantes formaba cola frente al portón público, vigilada por dos guardias aduaneros meramente ceremoniales, armados sólo con garrotes comunes de acero. Una situación por cierto peculiar, pues la mayoría de estas criaturas no tenían la más mínima esperanza de pasar un examen superficial, aunque los aduaneros fueran ciegos retardados. Un evidente hombre lagarto estaba detrás de una criatura que tenía una articulación suplementaria en las piernas. Había pieles azules y enanos jorobados, un cabeza de huevo, y mestizos de toda clase; en resumen, un muestrario típico de la ciudadanía borgraviana. ¿Qué inducía a estos pobres diablos a suponer que se los autorizaría a cruzar el puente y entrar en Heldon? Feric se lo preguntó mientras se ponía en la fila, detrás de un borgraviano vestido sencillamente, y que no mostraba ningún defecto genético visible.

Por su parte, Feric estaba más que preparado para el examen genético completo por el que tendría que pasar antes que se certificase su condición de humano puro, y se lo admitiese en la Alta República; aprobaba calurosamente la severidad de la prueba y la aceptaba de buen grado. Aunque su linaje immaculado prácticamente le garantizaba la certificación, con no poco esfuerzo y bastantes gastos él mismo había verificado de antemano su propia pureza genética, al menos en la medida en que esto era posible en un país habitado principalmente por mutantes y mestizos de humanos y mutantes, donde sin duda los propios analistas genéticos estaban completamente contaminados. Si los dos progenitores de Feric no hubiesen tenido certificados, si el linaje familiar no se hubiese conservado sin mácula du-

rante diez generaciones, si a él mismo no lo hubieran concebido en la propia Heldon, pese a que había tenido que nacer en Borgravia porque desterraron al padre a causa de supuestos crímenes de guerra, no se habría atrevido nunca a solicitar que lo admitieran en la patria espiritual y racial que jamás había visto. Aunque se lo reconocía instantáneamente como a un hombre verdadero, en cualquier lugar de Borgravia, y pese a que se había verificado su condición de tal aplicando lo que pasaba por ciencia genética en ese Estado de mestizos, deseaba vivamente que llegase el momento de la única confirmación de pureza genética que realmente importaba: que lo aceptaran como ciudadano en la Alta República de Heldon, único bastión del auténtico genotipo del hombre.

Pero ¿por qué ese material tan visiblemente contaminado intentaba pasar la aduana de Heldon? El borgraviano que estaba delante era un ejemplo apropiado. Sin duda, la apariencia de pureza genética de la criatura sólo tenía un defecto: un acre olor químico exudado por la piel; pero esa evidente aberración somática era indicio claro de un material genético completamente contaminado. El analista genético helder lo identificaría en un instante, sin necesidad de ningún instrumento. El Tratado de Karmak había obligado a Heldon a abrir las fronteras, pero sólo a los humanos que pudiesen obtener un certificado. Quizá la respuesta era sencillamente el deseo patético, incluso del mestizo genéticamente más degenerado, de obtener que se lo aceptase en la fraternidad de los verdaderos hombres, un deseo a veces tan intenso que desbordaba los cauces de la razón o de la verdad reflejada en el espejo.

En todo caso, la fila avanzaba con bastante rapidez, y desaparecía en el interior de la fortaleza aduanera; seguramente dentro se encaminaba y rechazaba más que deprisa a la mayoría de los borgravianos. No transcurrió mucho tiempo antes que Feric pasara entre los guardias del portal,

pisando por primera vez en su vida lo que en cierto sentido podía considerarse suelo helder.

El interior de la fortaleza aduanera era inequívocamente helder, en profundo contraste con todo lo que se extendía al sur del Ulm, donde circunstancias infortunadas habían confinado a Feric hasta la edad adulta. El suelo de la amplia antecámara era de elegantes baldosas rojas, negras y blancas, y estos mismos colores embellecían las paredes de roble lustrado. La cámara estaba iluminada por poderosos globos eléctricos. ¡Qué distinto de los interiores de cemento mal terminados y las velas de sebo del típico edificio público borgraviano!

A pocos metros del portal, un guardia aduanero helder que vestía un uniforme gris un tanto descuidado, con los botones de bronce sin lustrar, dividía la fila en dos grupos. Los mutantes y los mestizos más evidentes atravesaban el salón y pasaban por una puerta en la pared del fondo. Feric aprobó entusiasmado; no tenía sentido malgastar el tiempo de un analista genético con lamentables cuasi humanos. Un guardia aduanero común hubiera podido eliminarlos sin más trámite. Los pocos esperanzados a los que el guardia encaminó hacia la puerta más cercana, incluían varios casos muy dudosos, por ejemplo el borgraviano maloliente que precedía a Feric; aunque nada parecido a un piel azul o un cara de loro.

Pero mientras se aproximaba al guardia, Feric observó algo extraño e inquietante. El guardia parecía acoger a muchos de los mutantes a los que llevaba hacia el grupo de los rechazados, con una cierta familiaridad; más aún, los propios borgravianos actuaban como si conociesen bien el sistema, y ni siquiera protestaban porque se los excluyese, y no mostraban casi ninguna emoción. ¿Acaso estas pobres criaturas tenían una inteligencia tan inferior a la del genotipo humano que se olvidaban de todo de un día para otro, y retornaban aquí ritualmente? Feric había oído decir que esa conducta no era desconocida en los auténticos albaña-

les genéticos de Cressia y Arbona, pero jamás había observado nada parecido en Borgravia, donde el caudal genético se enriquecía constantemente con los nativos exiliados de Heldon, que no podían obtener la certificación de humanos verdaderos, pero que en todo caso estaban bastante cerca del tipo, y por lo tanto elevaban el nivel del caudal genético borgraviano muy por encima de lo que se veía en lugares como Arbona o Zind.

Cuando Feric llegó a la cabeza de la fila, el guardia aduanero le habló en tono neutro, casi aburrido:

—Pase, ciudadano, ¿o candidato a ciudadano?

—Candidato a ciudadano —replicó tersamente Feric. ¡Sin duda, el único pase concebible para entrar en Heldon era un certificado oficial de pureza genética! Uno ya tenía la ciudadanía helder o solicitaba el certificado, y en ese caso se le declaraba puro, o se le prohibía que entrara en Heldon. ¿Qué significaba esa absurda tercera categoría?

El guardia indicó a Feric la fila más pequeña con un flojo movimiento de cabeza. En todo esto, en el tono general de la operación había algo que inquietó profundamente a Feric; un error que parecía flotar en el aire, cierta pasividad, una clara falta de ese brío y esa energía tradicionales en los habitantes de Heldon. ¿Acaso esta vida solitaria en el lado borgraviano del Ulm había deteriorado sutilmente el espíritu y la voluntad de estos helder genéticamente robustos?

Absorto en estas cavilaciones un tanto sombrías, Feric siguió a los otros y entró en una habitación larga y estrecha; las paredes de paneles de pino estaban adornadas artísticamente con bandas de madera tallada que representaban escenas típicas de la Selva Esmeralda. Un mostrador de piedra negra, brillantemente lustrada y con aplicaciones de acero inoxidable, corría de un extremo a otro del cuarto; detrás se alineaban los cuatro funcionarios helder. Estos individuos parecían excelentes ejemplares de la humanidad verdadera, pero llevaban con cierto descuido el uniforme, y no tenían la firme apostura que corresponde a un soldado.